

## Notario de un país en guerra

*Verde tierra calcinada. Cuaderno de los encuentros*

JUAN MIGUEL ÁLVAREZ

FEDERICO RÍOS (fotografías)

Rey Naranjo, Bogotá, 2019, 320 pp.

EN SUS crónicas, en muchos párrafos, en su trato, Juan Miguel Álvarez (Bogotá, 1977) sigue el parecer de la sabiduría popular: “Para conocer, señor, hay que andar”. Un consejo que es el itinerario de este cuaderno de caminos. Los caminos son importantes porque llevan a la gente, y la gente tiene historias; no es la historia oficial que enseñan en el colegio o que acomodan a su antojo los medios de comunicación, sino la historia viva de la Colombia profunda y campesina que ha conocido la guerra desde tiempos inmemoriales. Esa mirada campesina es el agujero por donde Álvarez observa el país en su libro *Verde tierra calcinada*.

Cada capítulo nos revela que el viaje por nuestra geografía fragmentada y salvaje es un libro abierto que el caminante (el autor) va leyendo y que le depara muchas sorpresas –escribir es una manera de repetir esa aventura, revivirla con las palabras y los recuerdos–. Pero en este caso el viaje es más intenso porque el autor va más al fondo, porque se encuentra con el rostro profundamente humano de nuestra nación, y porque estos reportajes son un examen de conciencia y la reflexión de un escritor sobre su oficio y el país que por azar le correspondió vivir:

La guerra puede ser eso: a falta de combates entre las fuerzas del Estado y los grupos armados ilegales, la idea de nuestra guerra criolla es la idea de la muerte repentina y violenta por un torbellino de circunstancias inaprensibles e inevitables. (p. 164)

De esta manera, vemos al autor ir y venir entre su casa en un barrio acomodado de Bogotá y varias zonas azotadas por la violencia, lejos de todo; lo vemos conversar todos los días con madres que buscan el cuerpo de sus hijos y hablar con las autoridades encargadas de encontrar el rastro de los desaparecidos en las miles de

fosas comunes que hay en Colombia; asistimos a sus discusiones y bromas con Federico Ríos, su compañero de viaje, un fotógrafo curtido y noble que le hace más llevadero el trabajo diario, y a las reporterías en las mañanas o al almuerzo con las familias que decidieron brindar el testimonio de su dolor. Y caminando por las páginas y los párrafos están la muerte, el silencio de los victimarios, la esperanza de los que deben seguir adelante. El autor es el notario de un país en guerra. Un notario que registra y sopesa el costo moral y económico que le ha tocado pagar a las víctimas. Intenta no tomar partido; aun antes de hurgar en los intrínquilos de la muerte o en los oscuros nexos con la violencia lo acompañamos en su labor agotadora. Los mapas de su viaje están manchados de rojo de tanto reflejar sangre. Y en alguien con intuición y curiosidad, eso pesa demasiado. El cierre del capítulo cinco, “El Arenillo”, es de una belleza sublime:

Los paramilitares fueron unos muchachos que estaban en una guerra en la que no debían estar, una guerra que nunca debimos hacer. Si uno les tomó cariño [dice Esteban, hombre de cincuenta años, víctima de las AUC] fue porque eran seres humanos, colombianos como nosotros, pero que les tocó crecer en otras condiciones. Yo siempre me decía: *hoy son ellos pero mañana pueden ser los hijos míos o los hijos del vecino*. (p. 119)

Cada uno de los siete capítulos lleva por título el nombre de un lugar específico (La Puria y Guaduas en el Chocó, el cañón de las Hermosas en el Tolima, El Arenillo en el Valle del Cauca, La Balsa en Nariño, Calamar en el Guaviare, La Coca en el Quindío) y adentro encontramos el recorrido por la historia de nuestro conflicto. Comunidades aborígenes en el Chocó que han sido amenazadas por la guerrilla, los paramilitares y el ejército, y que buscan el retorno a su resguardo para construir una comunidad de paz que los aleje de la mira telescópica de los fusiles. La historia de María Cristina Cobo, enfermera que llegó al Guaviare por azar y se quedó por convicción, muestra la absurda paranoia de la violencia; pero también el afecto y la tenacidad de una madre, y los caminos de la reparación

simbólica de un país que intenta dejar atrás la guerra –es la historia mejor lograda del proyecto, una pieza magistral–. Parroquias, cultivos, casas y animales que terminaron en el fuego cruzado de los señores de la guerra, y que le dan título a este libro: “Me desahogaba vaciando notas de letra nerviosa en mi libreta [escribe Álvarez]. ¿Después de cuántos viajes por este país despedazado, por esta verde tierra calcinada, puedo acostumbrarme a la idea de la guerra?” (p. 292).

Juan Miguel Álvarez viaja al pasado, a los caminos que transitaron los primeros escuadrones de fanáticos y matones a sueldo del Partido Conservador en los años cincuenta, y que veinte años después recorrieron los llamados bandoleros liberales que fundaron la guerrilla de las FARC en el sur del Tolima, una región que Alfredo Molano consideró el nudo histórico de nuestras violencias. En el capítulo titulado “Las Hermosas”, por ejemplo, trae a colación el testimonio de un campesino de ochenta años que ha visto pasar por los caseríos del Tolima los años más duros de la guerra, y que anhela que esta vez (unos meses antes del plebiscito de 2016) la paz llegue para quedarse.

Nosotros entramos acá en 1954 y ya estaba la guerra brava. Comunistas, liberales, conservadores. Vino el plebiscito de Rojas Pinilla y los que acordaron con el gobierno tuvieron oportunidad. Los que no acordaron se quedaron en el campo haciendo daños. Lo mismo puede pasar ahora: si hay paz con las FARC, unos la harán, y otros se quedarán por ahí haciendo daños. (p. 59)

Este es un libro que nos comparte, con la precisión de los detalles bien puestos, momentos dolorosos de personas que podrían ser nuestros padres, nuestros amigos, nuestros paisanos, y lo hace con cercanía e inteligencia. Álvarez nos muestra que una guerra civil como la nuestra es una guerra familiar, una guerra entre hermanos en la que queda desgarrado el país y lacerada la propia familia. En medio de historias tan difíciles, el autor logra que el lector se entretenga y conmueva, y pueda entrever los caminos del perdón y la reconciliación. Pero también es pragmático y desconfiado, pues los

testimonios que ha escogido en este libro le permiten ser consciente de que la paz es algo más que el silencio de los fúsiles.

Este libro contó con un trabajo editorial impecable, desde la portada (sobria y equilibrada en su composición y paleta de colores), pasando por la diagramación interior y la fuente de títulos y párrafos que permite una lectura fácil y agradable, hasta la curaduría de las fotografías que hizo Federico Ríos: paisajes, retratos, mucho color, punzadas que atraviesan el corazón del lector. El matrimonio bien avenido de reportero y fotógrafo resultó una convivencia provechosa, pues ambos saben tocar las delicadas fibras de la prosa y la imagen. Este libro es un registro de nuestro posconflicto, el amanecer de una nación que asoma la cabeza hacia la paz y muestra lo que ve: dolor, sombras, esperanza, justicia.

**Fernando Salamanca**